



AUGUST KUBIZEK

EL JOVEN HITLER QUE CONOCÍ

INTRODUCCIÓN DE
IAN KERSHAW

El joven Hitler
que conocí



El joven Hitler que conocí

August Kubizek

Traducción de Raquel Herrera

TEMPUS

Título original: *The Young Hitler I Knew*
Copyright © August Kubizek, 1953
© de la introducción: Ian Kershaw, 2006

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Raquel Herrera
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@tempuseditorial.com
www.tempuseditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-922567-12-6
Depósito legal: M. 2.238-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Introducción de Ian Kershaw.....	9
Prólogo original del editor.....	19
Introducción del autor: mi decisión y justificación	21
Capítulo 1 Primer encuentro.....	23
Capítulo 2 Desarrollo de una amistad.....	30
Capítulo 3 Retrato del joven Hitler.....	39
Capítulo 4 Retrato de su madre.....	49
Capítulo 5 Retrato de su padre.....	57
Capítulo 6 Los años escolares de Adolf.....	66
Capítulo 7 Stefanie	76
Capítulo 8 Entusiasmo por Richard Wagner	89
Capítulo 9 Hitler el joven <i>Volksdeutscher</i>	103
Capítulo 10 Adolf reconstruye Linz.....	114
Capítulo 11 «A aquella hora empezó...»	129
Capítulo 12 Adolf se marcha a Viena.....	133
Capítulo 13 La muerte de su madre.....	147
Capítulo 14 «¡Ven conmigo, Gustl!»	158
Capítulo 15 El nº 29 de Stumpergasse	169
Capítulo 16 Adolfo reconstruye Viena	184
Capítulo 17 Lectura y estudio solitario.....	199
Capítulo 18 Noches en la ópera.....	210
Capítulo 19 Adof escribe una ópera	218
Capítulo 20 La Orquesta Móvil del Reich	227
Capítulo 21 Intervalo no militar	237
Capítulo 22 La actitud de Adolf hacia el sexo.....	247

Capítulo 23 Despertar político	260
Capítulo 24 La amistad perdida	273
Capítulo 25 Mi vida posterior y reencuentro con mi amigo.....	286
Índice onomástico	309

Introducción

Durante una fase decisiva de sus primeros años de vida —los últimos años de su adolescencia en Linz y Viena, sobre los que contamos con escasa información de otras fuentes—, Hitler tuvo un amigo personal y exclusivo que posteriormente escribió un magnífico relato de sus cuatro años de estrecha camaradería. Este amigo fue August Kubizek. Su relato resulta único porque ofrece información esclarecedora sobre la personalidad y la mentalidad de Hitler durante los cuatro años que van de 1904 a 1908. También resulta único porque es la única descripción de un periodo de la vida de Hitler aportada por el que sin duda fue un amigo personal, aunque la amistad fuera relativamente breve y probablemente unilateral,¹ ya que, como les ocurrió a todas las demás personas que trataron con Hitler, Kubizek no tardó en descubrir que abandonaba a los amigos, igual que al resto de la gente, en cuanto le habían servido para sus fines.

Para todos los estudios de los primeros años de Hitler, incluidas las primeras partes de mi propia biografía, la historia de Kubizek ha resultado una fuente de información indispensable. Sus recuerdos del tiempo que pasó con Hitler, publicados por primera vez en 1953, ya van por la sexta edición en la ver-

1. Kubizek afirmó con posterioridad que había tenido «un único amigo en la vida: Adolf». Carta a Franz Jetzinger, 24 de junio de 1949, Oberösterreichisches, Landersarchiv, Linz, NL Jetzinger, 64/19.

sión original. En 1954 se publicó una traducción al inglés con introducción de H. R. Trevor-Roper (llamado posteriormente Lord Dacre), de la que más adelante se hizo una reimpresión. Esta traducción de 1954 es la que han utilizado los que no han tenido acceso al original alemán hasta la actualidad. Pero esta primera versión en inglés no estaba completa ni resultaba una traducción totalmente satisfactoria del texto alemán de Kubizek. Numerosos pasajes, capítulos enteros de hecho, fueron omitidos. La nueva traducción al inglés se ha encargado de remediar estas deficiencias y omisiones. Por primera vez, los lectores tienen la oportunidad de leer el texto completo de los recuerdos que conservó Kubizek de su amistad con Hitler, una novedad que ha sido muy bien recibida.

August Kubizek nació en Linz en 1888. Tras dejar la escuela hizo de aprendiz en el pequeño taller de su padre, pero tenía talento para la música, lo que le supuso una vía de escape del negocio de los tapizados. Mientras la Academia de Bellas Artes de Viena rechazaba a su amigo Hitler, el Conservatorio de Viena aceptaba a Kubizek para estudiar música. Posteriormente obtuvo el puesto de segundo director del teatro municipal de Marburg an der Drau, y acababa de casarse cuando estalló la guerra en 1914. Sirvió en el Ejército Austríaco, en el que en 1915 sufrió una infección pulmonar grave durante un combate del que nunca se recuperó del todo. Tras la guerra, trabajó como secretario del ayuntamiento de Eferding, cerca de Linz, donde una de sus tareas consistía en organizar pequeños eventos musicales para la comunidad. Y allí se quedó, convertido en un padre de familia tranquilo y retraído que ayudaba a criar a sus tres hijos y participaba mucho en la vida cultural local.

Mientras tanto, su antiguo amigo se había hecho famoso. Kubizek envió una nota de felicitación cuando Hitler se convirtió en canciller imperial en enero de 1933, y posteriormente recibió una respuesta personal. Hitler llegó incluso a sugerir que Kubizek podría visitarlo algún día. Durante los cinco años siguientes no sucedió nada más al respecto. Pero, poco después del *Anschluss*, Kubizek se dirigió al hotel de Hitler en Linz, y le permitieron ver por primera vez a su antiguo amigo desde que sus caminos se habían separado en 1908. Hitler lo saludó afectuosamente, aunque utilizó el tratamiento «Sie» en vez del

«Du» de carácter más íntimo (que aún había empleado en su nota a Kubizek cinco años atrás). Luego le invitó al festival de Bayreuth en 1939 y de nuevo en 1940, en el momento en que el poder de Hitler había alcanzado su máximo apogeo, y esa fue la última vez que se reunió con Kubizek.

Para entonces, Kubizek era conocido entre los líderes nazis como «amigo del Führer» de juventud, y se sabía que tenía objetos de interés de aquella época. En 1938 ya habían contactado con él, y había accedido a escribir sus recuerdos para el archivo del partido. Se decía que sus observaciones eran «asombrosas», y que revelaban «la inconcebible grandeza del Führer en su juventud».² En 1942, después de que Kubizek se apuntara al partido nazi y pasara a ser funcionario local (ocupándose principalmente de la propaganda y los asuntos culturales de Eferding), recibió el encargo directo de la dirección del partido de escribir sobre su amistad juvenil con el Führer. Kubizek ya había empezado a escribir en 1943, y el partido le dio un puesto mejor pagado para ayudarlo a completar la tarea, pero avanzaba muy poco. Cuando cayó el Tercer Reich, los estadounidenses lo mantuvieron recluido durante dieciséis meses, pero había escondido el borrador de sus «memorias» y los objetos de interés en una cavidad de la pared en su casa de Eferding. Estos elementos se convirtieron en la base de su libro *Adolf Hitler, Mein Jugendfreund*, publicado en 1953, que causó sensación nada más aparecer. Kubizek murió tres años después, y ahora todo el mundo lo conoce como testigo directo de los primeros años de formación de Hitler.

¿Pero cuán valioso resulta el libro de Kubizek como fuente para conocer la vida de Hitler en Linz y Viena? Debemos recordar que el planteamiento del libro fue un manuscrito encargado por el partido nazi. Aún existe una copia de la segunda parte de ese texto original.³ Las cincuenta páginas mecanografiadas, que abarcaban el periodo vienés, son mucho más

2. Institut für Zeitgeschichte, Munich, MA-731, NSDAP-Hauptarchiv, «Notizen für Kartei: Bericht über meinen Besuch bei Herrn Kutbitscheck (*sic*) in Eferding».

3. En el Oberösterreichisches Landersarchiv, NL Jetzinger, 63.

cortas que las secciones correspondientes del libro. Por lo tanto, añadió mucha información respecto al relato original, que ya había redactado treinta años después de los hechos que describe.⁴ La adulación inflamada hacia Hitler resulta muy evidente en todo el manuscrito, mientras que forzosamente el libro resulta más comedido, aunque se percibe una admiración inconfundible. Además, el estilo del original resulta prosaico en comparación con el estilo mucho más fluido, literario incluso, del libro. Los episodios relatados brevemente y sin adornos literarios en el texto original se describen de manera mucho más extensa y elegante en la obra publicada.⁵ Kubizek admitió que no le había resultado fácil escribir el manuscrito original. «Escribir es un suplicio para mí. No va conmigo», reconoció en 1949.⁶ Por lo tanto, existen sospechas de que en las «memorias» adornadas que aparecen en el libro colaboró un «negro». De hecho, Kubizek reconoció en junio de 1949 que hubo que revisar íntegramente su texto. Para producir una versión más «efectiva», es decir, para terminar su obra, Kubizek escribió que tuvo que «ponerla en manos de un escritor (*Dichter*)». Incluso se planteó publicarla como obra teatral.⁷ La editorial austríaca negó que le hubieran ayudado en ningún sentido. Pero o bien Kubizek descubrió de repente el arte de la escritura, o recibió ayuda de una persona o personas desconocidas.

Los recuerdos de Kubizek deben interpretarse críticamente y considerarse con mucha cautela por otros motivos. Por ejemplo, se suele citar literalmente al joven Hitler en el tex-

4. Al final de este manuscrito, Kubizek admite que habían ocurrido muchas más cosas, pero con el paso del tiempo ya no las recordaba. NL Jetzinger 63, p. 48.

5. Inducido por las preguntas de Jetzinger, recordó en sus cartas incidentes y episodios que no figuran en el manuscrito. También señaló que estaba reescribiendo algunos pasajes tras comentarlos con Jetzinger, ya que reconocía que eran incorrectos tal y como estaban planteados. NL Jetzinger, 64/18, 19 de junio de 1949.

6. NL Jetzinger, 64/18, carta a Jetzinger, 19 de junio de 1949.

7. NL Jetzinger, 64/14, carta a Jetzinger, 3 de junio de 1949; 64/18, 19 de junio de 1949.

to publicado por Kubizek (aunque rara vez en el manuscrito original). Kubizek no es ni mucho menos el único que escribió posteriormente sobre sus experiencias con Hitler atribuyéndole palabras años después de los hechos descritos. Pero desde luego resulta imposible que pudiera recordar con exactitud lo que dijo Hitler más de cuatro décadas más tarde. Por lo tanto, las citas directas tienen que interpretarse como una herramienta literaria de Kubizek (o de su «negro»), en vez de como expresiones exactas del joven Hitler, aunque eso no significa que no sean declaraciones veraces de las opiniones de Hitler. Pero, obviamente, no deben considerarse citas al pie de la letra.

Aparte de este tema, algunos de los recuerdos de Kubizek parecen inventados. Su historia de que Hitler denunció a la policía a un judío vestido con un caftán debió de ser una versión adornada de un episodio muy conocido de *Mi lucha* (en el que Kubizek se inspiró en gran medida para su libro). La descripción de una visita a una sinagoga junto a su amigo también resulta discutible. La afirmación de que Hitler se unió a la liga antisemita en 1908, y que apuntó también a Kubizek, es completamente falsa. No existía una organización semejante en Austria en aquella época. De hecho, en general los pasajes de Kubizek sobre el antisemitismo de Hitler deben contemplarse con escepticismo. Está claro que fueron pensados para distanciarse de las ideas radicales de su antiguo amigo (las cuales, probablemente de manera equivocada y a diferencia del propio Hitler, pensaba que se remontaban a la influencia de su hogar y escuela en Linz), aunque su propio antisemitismo no había quedado oculto en la versión manuscrita.

Otra historia descrita por Kubizek, y repetida en incontables libros sobre Hitler, también parece haberse elaborado hasta el punto de que casi resulta fantástica. Se trata del extenso episodio del ascenso nocturno al Freinberg, una montaña a las afueras de Linz, tras ver una representación de *Rienzi* de Wagner, una obra temprana sobre un tribuno romano de la plebe al que sus antiguos seguidores acaban derrocando. Kubizek describe a Hitler al borde del éxtasis, tratando de esclarecer el significado de lo que acababan de ver en términos

casi místicos. Tras la guerra, Kubizek siguió insistiendo en que la historia era cierta.⁸ Es evidente que aquella noche dejó huella en él, y se lo recordó a Hitler cuando se encontraron en Bayreuth en 1939. Kubizek concluye su capítulo sobre la «visión» explicando cómo relataba Hitler el episodio a su anfitriona, Winifred Wagner, concluyendo «entonces empezó todo». Pero lo que hacía Hitler era alardear de sus «cualidades proféticas» ante una admiradora importante, Frau Wagner. Fuera lo que fuera lo que sucedió aquella noche en el Freinberg y que tanto impresionó al impresionable Kubizek, nada «empezó» entonces.

Un episodio posterior, el de Stefanie, una joven de Linz que, según afirma Kubizek, fue el primer amor de Hitler, suena bastante improbable. Existen pocas dudas acerca de que Kubizek adorna en gran medida lo que como mucho fue un capricho juvenil pasajero. Pero la historia tiene al menos un punto de interés. Franz Jetzinger, un bibliotecario de Linz que también trabajaba sobre los primeros años de la vida de Hitler, consiguió localizar a Stefanie. La chica existía (aunque no sabía nada de la supuesta pasión de Hitler por ella en aquella época). En sus cartas a Jetzinger, Kubizek menciona su apellido antes de casarse, Isak.⁹ Claramente sonaba judío. De hecho la chica no era judía, aunque ni Hitler ni Kubizek podían haberlo sabido. Lo irónico que resulta que el único «amor» de juventud de Hitler pudiera haber sido judía sugiere al menos que el hincapié que hace Kubizek en el pronunciado antisemitismo de su amigo ya en Linz es incorrecto.

Pese a éstas y otras inseguridades, limitaciones y distorsiones indudables —e incluso invenciones descaradas—, que subrayan la necesidad de utilizar a Kubizek con mucha cautela, la narración de sus experiencias con Hitler no puede descartarse

8. NL Jetzinger 64/18, carta a Jetzinger, 19 de junio de 1949; 64/20, 28 de junio de 1949.

9. Él la llama «Isaak» (NL Jetzinger 64/20, carta a Jetzinger, 20 de junio de 1949). No obstante, su apellido (correctamente deletreado) no se desveló hasta Anton Joachimsthaler, *Hitlers Liste. Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, Munich, 2003, pp. 46-52.

tal y como hizo Franz Jetzinger, uno de los primeros historiadores de su juventud, más académico pero también más negativo, calificándola de mera «fabulación». En un principio Jetzinger se llevaba bien con Kubizek (quien le mostró su manuscrito y objetos de interés del periodo que compartió con Hitler), pero se convirtió en un crítico implacable cuando apareció su libro. La propia obra de Jetzinger sobre la juventud de Hitler, que apareció tres años más tarde, está repleta de ataques contra Kubizek.¹⁰ Jetzinger consiguió demostrar que a Kubizek le fallaba la memoria en algunos temas. Kubizek admitió que su manuscrito original contenía errores, lo cual atribuía a las interrupciones constantes debido al trabajo que tenía en el Partido en aquella época. No obstante, insistía en que decía la verdad y en que no se inventaba cosas.¹¹

De hecho, la erudición de Jetzinger no resulta superior al retrato gráfico y detallado del joven Hitler, y también presenta sus propias flaquezas, tanto en relación a los hechos como a las interpretaciones. Por ejemplo, Jetzinger rechazó la descripción que hace Kubizek de un Hitler destrozado en el lecho de muerte de su madre en diciembre de 1907, ya que, basándose en gran medida en el testimonio oral de una anciana a la que él mismo describió como «senil», prefería la imagen de un hijo desalmado que no apareció hasta que su madre hubo fallecido. La interpretación de Jetzinger fue la preferida durante mucho tiempo por la mayoría de los historiadores. Pero aunque la versión de Kubizek contenga errores de hecho, cuenta no obstante con el apoyo de dos testigos cruciales: la hermana de Hitler, Paula, y el médico judío de su madre, el doctor Eduard Bloch. Sobre este tema importante, el relato de Kubizek es preferible a la interpretación de Jetzinger. En este caso, Kubizek resulta una fuente importante.

En otro ejemplo, como ha demostrado la investigación minuciosa de la austríaca Brigitte Hamann, Kubizek resulta ser una fuente fiable pese a los continuos intentos de desacreditar-

10. Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen und die Wahrheit*, Viena, 1956.

11. NL Jetzinger 64/18, carta a Jetzinger, 19 de junio de 1949.

lo por parte de Jetzinger.¹² Se trata del tema de su situación económica durante el tiempo que vivió en Viena. Mientras Kubizek retrata a un Hitler necesitado, Jetzinger afirma que gracias al dinero heredado vivía de manera desahogada. Lo cierto es que Hitler no vivió sumido en la pobreza hasta que se le terminó el dinero. Pero el retrato de un estilo de vida sencillo e incluso frugal que describió Kubizek era exacto, mientras que los cálculos de Jetzinger habían exagerado los fondos de los que supuestamente disponía Hitler (y que de nuevo adoptaron varias obras secundarias). Una vez más, Kubizek resulta una fuente y rectificación importante.

Por encima de todo y pese a sus múltiples fallos, el libro de Kubizek convence en el retrato de la personalidad y la mentalidad de Hitler. Sobre todo las partes extensas del libro que hablan de las opiniones de Hitler sobre historia, arte, arquitectura y música (tema en el que Kubizek se sentía especialmente cómodo) ilustran facetas de su personalidad que resultaron muy conocidas en años posteriores. El dócil, impresionable y complaciente Kubizek, que era unos pocos meses mayor que su amigo pero sufría un marcado complejo de inferioridad, resultaba un oyente perfecto para el joven Hitler, dominante, dogmático y sabelotodo. Kubizek escuchaba. Hitler hablaba sin parar. Las opiniones dogmáticas —y prejuicios absolutos— sobre arte y música se asemejan a los que nos encontramos en el Hitler posterior. Las palabras exactas que empleó Hitler sólo pueden proceder de la imaginación de Kubizek, pero los sentimientos son sin duda genuinos. Y dado que se tiene la certeza de que Hitler y Kubizek pasaron mucho tiempo juntos durante casi cuatro años, en Linz y luego en Viena, y dado que ambos sentían un interés apasionado por la música y el arte, puede suponerse que esos temas destacaban en sus conversaciones y tuvieron un impacto duradero (aunque no fuera preciso) en la memoria de Kubizek.

Al igual que muchas «memorias» y recuerdos de los que conocieron directamente a Hitler, el relato de Kubizek presen-

12. Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna. A Dictator's Apprenticeship*, Oxford y Nueva York, 1999, pp. 58-59.

ta errores e inexactitudes en múltiples sentidos. Los historiadores medievales están acostumbrados a trabajar con fuentes imperfectas e inexactas que no obstante ofrecen revelaciones importantes. El libro de Kubizek tiene que emplearse de manera similar: reconociendo sus deficiencias, pero reconociendo también el valor intrínseco del retrato del joven Hitler que proporciona.

Ian Kershaw
2006

Prólogo original del editor

En 1951 nuestra atención se centró en un funcionario del Estado de sesenta y dos años de edad empleado en el ayuntamiento de Eferding, en la Alta Austria. Nos dijeron que August Kubizek había ejercido de director de orquesta y durante cuatro años de su juventud había sido el alma gemela de Adolf Hitler.

Nos percatamos de que el relato de Kubizek era muy importante para rastrear el historial del dictador alemán, porque Kubizek había sido el único amigo de Hitler en la adolescencia y debió de influir en gran medida en su desarrollo. La personalidad humana empieza a formarse en esa etapa y es en ese punto donde el historiador debe iniciar su investigación si se propone establecer las bases de una biografía de Hitler como político y estadista. Por estos motivos pedimos a August Kubizek que escribiera sus recuerdos de aquellos años en la medida en que pudiera recordarlos. Sabíamos que podíamos confiar en Kubizek. Era un idealista que, tras volver a establecer contacto con Hitler en 1938, rehusó educada pero firmemente todas y cada una de las sugerencias del líder alemán de abandonar la administración pública austriaca y aceptar un cargo prominente en la sección de música del Reich. No obstante, cuando la suerte de Hitler empezó a cambiar en 1942, y aunque en su fuero interno se oponía al nacional-socialismo, Kubizek se apuntó al NSDAP en un acto de solidaridad hacia su amigo de juventud.

Kubizek empezó a escribir tras reflexionar y examinar sus motivaciones. Su libro se publicó por primera vez en 1953 y

causó gran conmoción. Se tradujo al inglés, el francés y el español, mientras aparecían extractos en la prensa mundial a los que posteriormente los historiadores se refirieron en múltiples ocasiones.

Para cuando falleció, el 23 de octubre de 1956, el relato de Kubizek había recibido reconocimiento internacional. La acusación realizada en varias publicaciones de que ya en 1938 se habían acordado unas «pautas» para una memoria de estas características entre Kubizek y el «archivo principal del NSDAP» es falsa. La editorial Leopold Stocker no sabe nada de tal acuerdo, y la viuda de Kubizek escribió asegurándonos que su marido nunca había visitado el archivo del NSDAP en Múnich.

En cualquier caso, nada indica que redactara sus memorias antes de la guerra. Además, por lo que sabemos de él, creemos que Kubizek no era el tipo de autor adecuado para escribir «dentro de unas pautas», y en la página 294 de la primera edición en lengua alemana recalcó que sus memorias no se habían visto «ni influidas ni encargadas» por nadie.

Leopold Stocker Verlag
Graz,
Junio de 1966

Introducción del autor

Mi decisión y justificación

La decisión de poner por escrito los recuerdos del Adolf Hitler que conocí a finales de nuestra infancia no resultó fácil de tomar, porque el riesgo de ser malinterpretado era muy elevado. Pero los dieciséis meses que pasé en un campo de detenidos a los 57 años acabaron con mi salud, por lo que debo emplear constructivamente el tiempo que me quede.

Entre 1904 y 1908 fui el único y exclusivo amigo de Adolf Hitler, primero en Linz y luego en Viena, donde compartimos una habitación. Poco se sabe de aquellos años de formación de Hitler, en los que su personalidad empezó a tomar forma, y gran parte de lo que se sabe es incorrecto. En *Mi lucha* le fue bien restar importancia a aquel periodo con unas pocas referencias breves, por lo que puede que mis propias observaciones sirvan para reforzar la imagen que el paso del tiempo nos deja de Adolf Hitler, desde cualquier punto de vista que se contemple.

Me he esforzado mucho por no añadir nada que no fuera cierto, y por no dejarme nada por motivos políticos. Quiero ser capaz de decir: así fue exactamente cómo sucedió. Habría estado mal, por ejemplo, atribuir a Hitler pensamientos e ideas que fueron típicamente suyos en un periodo posterior, y me he preocupado mucho por evitar este riesgo y plantear mi narración como si ese mismo Adolf Hitler, con el que compartí una amistad muy estrecha, fuera alguien con quien hubiera perdido el contacto para siempre después de 1908, o que hubiera caído en la Gran Guerra.

Soy consciente de la dificultad que supone recordar de ma-

nera precisa ideas y sucesos que acontecieron hace más de cuarenta años, pero mi amistad con Adolf Hitler llevó desde el principio la impronta de lo inusual, y los detalles de la relación están más grabados en la memoria de lo que sería habitual. Además, estaba en deuda con Adolf Hitler por haber convencido a mi padre de que, en virtud de los talentos musicales especiales que la naturaleza me había concedido, yo debía estar en el Conservatorio de Viena y no en el taller de ebanistería. Ese cambio decisivo en mi vida, obrado por Adolf Hitler contra la férrea resistencia de mi familia, otorgó a mi juicio un fundamento mayor a nuestra amistad. Además, gracias a Dios, poseo una memoria excelente ligada a mi afinado sentido del oído. Al escribir mi libro, he conseguido recuperar cartas, postales y esbozos que recibí de mi amigo, y mis propias notas breves, que escribí hace ya bastante tiempo.

August Kubizek
Eferding,
Agosto de 1953

Capítulo 1

Primer encuentro

Nací en Linz el 3 de agosto de 1888. Antes de casarse, mi padre había sido ayudante de tapicero de un fabricante de muebles de Linz. Solía ir a comer a una pequeña cafetería y allí fue donde conoció a mi madre, que trabajaba de camarera. Se enamoraron, y se casaron en julio de 1887.

Al principio, la joven pareja vivió en la casa de los padres de ella. Mi padre ganaba poco dinero, el trabajo era duro, y mi madre tuvo que dejar su trabajo cuando se quedó embarazada de mí. Por lo tanto, nací en unas circunstancias bastante difíciles. Un año más tarde nació mi hermana Maria, que murió aún bebé. Al año siguiente apareció Therese: murió cuando tenía cuatro años. Mi tercera hermana, Karoline, se puso muy enferma, aguantó varios años y murió cuando tenía ocho. Mi madre sintió un dolor infinito. Pasó toda la vida con miedo a perderme a mí también: era el único de sus cuatro hijos que le quedaba. En consecuencia, todo el amor de mi madre se concentró en mí.

Había un paralelismo notable entre los destinos de los hogares Kubizek y Hitler, y las dos madres compartieron mucho sufrimiento. La madre de Hitler había perdido a tres hijos: Gustav, Ida y Otto. Adolf fue hijo único durante bastante tiempo. Cuando Hitler tenía cinco años, llegó su hermano Edmund, pero murió a los seis años. La única superviviente fue su hermana Paula, nacida en 1896. Aunque Adolf y yo rara vez mencionamos a nuestros hermanos y hermanas fallecidos, no obstante nos sentíamos como los supervivientes de un linaje en peligro de extinción, lo que conllevaba una responsabilidad especial.

Sin darse cuenta, a veces Adolf me llamaba «Gustav» en vez de «August»; incluso me mandó una carta con ese nombre en el sobre. Era el nombre de su primer hermano que murió. Puede que lo confundiera con el diminutivo «Gustl» para August, o puede que quisiera complacer a su madre concediendo el nombre a una persona como yo, que fui recibido en la familia Hitler como un hijo.

Mientras tanto, mi padre se había establecido por su cuenta y había abierto un negocio de tapicero en el 9 de la Klammsstrasse. La vieja, sólida y desproporcionada Baernreitherhaus, que aún permanece inalterada, se convirtió en mi hogar de infancia y juventud. La oscura y estrecha Klammsstrasse parecía bastante pobre en comparación con su continuación, el paseo amplio y aireado, con su césped y sus árboles.

Las condiciones insalubres en las que vivíamos habían contribuido sin duda al fallecimiento temprano de mis hermanas. En la Baernreitherhaus las cosas eran distintas. En la planta baja estaba el taller, y, en el primer piso, nuestro apartamento, de dos habitaciones y una cocina. Pero mi padre siempre tenía problemas de dinero. El negocio no iba bien. Se planteó más de una vez cerrarlo y volver a trabajar con los fabricantes de muebles. Pero cada vez conseguía superar las dificultades en el último momento.

Yo empecé a ir al colegio, lo cual resultó una experiencia muy desagradable. Mi madre lloraba por las malas notas que traía a casa. Su pena era lo único que lograba persuadirme para esforzarme más. Mientras que a mi padre lo único que le preocupaba era que me encargara de su negocio cuando llegara la hora —¿por qué si no trabajaba como un negro de la mañana a la noche?—, mi madre quería que estudiara a pesar de mis malas notas: primero, cuatro años en la escuela secundaria, y luego quizás podría ir a una escuela de formación de profesores. Pero yo no quería. Me alegré de que mi padre se impusiera y, cuando tenía diez años, me mandara a la escuela municipal. De ese modo, mi padre creía que mi futuro ya estaba decidido.

Pero hacía ya tiempo que existía otra influencia en mi vida por la que habría vendido mi alma: la música. Pude dar rienda suelta a ese amor cuando, en la Navidad de 1897, con nueve años, me regalaron un violín. Recuerdo muy bien cada detalle

de aquella Navidad y, cuando hoy en día, a mis años, pienso en aquello, mi vida consciente parece haber empezado con aquel suceso. El hijo mayor de nuestro vecino era un joven maestro, y me daba clases de violín. Yo aprendía rápido y bien.

Cuando mi primer profesor de violín aceptó un trabajo en el campo yo empecé el curso más bajo de la Escuela de Música de Linz, pero no me gustaba mucho, quizás porque estaba mucho más avanzado que los demás estudiantes. Tras las vacaciones volví a recibir clases particulares, esta vez con un viejo sargento mayor del Cuerpo de Música del Ejército Austrohúngaro, que no tardó en dejarme claro que yo no sabía nada y luego empezó a enseñarme los elementos del violín tocando «a la manera militar». Lo que hacía con el viejo Kopetzky era una auténtica instrucción militar. A veces, cuando me cansaba de sus bruscos modales de sargento mayor él me consolaba asegurándome que, si mejoraba, estaba seguro de que me aceptarían como aprendiz de músico del ejército, que en su opinión era la cúspide de la gloria de un músico. Dejé de estudiar con Kopetzky y pasé al curso intermedio de la Escuela de Música donde me enseñaba el profesor Heinrich Dessauer, un maestro eficaz, sensible y de talento. Al mismo tiempo estudiaba trompeta, trombón y teoría musical, y tocaba en la orquesta de estudiantes.

Ya estaba planteándome la idea de convertir la música en el trabajo de mi vida cuando la dura realidad se dejó sentir. Apenas acababa de terminar en la escuela municipal cuando tuve que entrar en el negocio familiar de aprendiz. Anteriormente, cuando faltaba mano de obra, había tenido que echar una mano en el taller, por lo que estaba familiarizado con el trabajo.

Volver a tapizar los muebles viejos deshaciendo y rehaciendo el relleno resulta un trabajo repulsivo. El trabajo se lleva a cabo entre nubes de polvo en las que se ahoga el pobre aprendiz. ¡Qué colchones tan viejos y malos nos traían al taller! Todas las enfermedades superadas —y algunas no superadas— dejaban su huella en esas camas antiguas. No es de extrañar que los tapiceros no vivan muchos años. Pero no tardé en descubrir también los aspectos más agradables de mi trabajo: requiere gusto personal y una cierta sensibilidad artística, y no se aleja mucho de la decoración de interiores. Visitaba casas de

gente adinerada, veía y oía muchas cosas, y, por encima de todo, en invierno había muy poco o nada que hacer. Y, naturalmente, ese tiempo libre lo dedicaba a la música. Cuando aprobé la prueba de oficial, mi padre quiso que aceptara trabajos en otros talleres. Yo entendía su punto de vista, pero para mí lo esencial no era mejorar mis conocimientos del oficio, sino avanzar en mis estudios musicales. Por lo tanto, decidí quedarme en el taller de mi padre, ya que allí podía disponer de mi tiempo con mayor libertad que con cualquier otro jefe.

Normalmente suele haber demasiados violines en una orquesta, pero nunca hay suficientes violas. Hasta el día de hoy, estoy agradecido al profesor Dessauer por haber aplicado esta máxima y haberme convertido en un buen músico de viola. La vida musical en Linz en aquella época poseía un nivel sorprendentemente elevado; August Göllerich era el director de la Sociedad Musical. Al ser discípulo de Liszt y colaborador de Richard Wagner en Bayreuth, Göllerich era el auténtico líder musical de Linz, a la que solía calumniarse como «ciudad de campesinos». Cada año, la Sociedad Musical daba tres conciertos sinfónicos y un concierto especial, en el que solía interpretarse una pieza coral, con orquesta. A pesar de su origen humilde, mi madre amaba la música, y casi nunca se perdía ninguna de esas actuaciones. Siendo aún muy niño, me llevaba a los conciertos. Mi madre me lo explicaba todo y, como llegué a dominar varios instrumentos, cada vez valoré más esos conciertos. Mi mayor objetivo en la vida era tocar en la orquesta, la viola o la trompeta.

Pero por entonces mi vida se centraba en rehacer colchones viejos y polvorientos y empapelar paredes. Durante aquellos años, mi padre sufrió mucho las habituales enfermedades profesionales del tapicero. Cuando los problemas pulmonares persistentes le tuvieron en una ocasión seis meses postrado en cama, yo tuve que llevar el taller solo. Así que las dos cosas existían una al lado de la otra en mi vida juvenil: el trabajo, que afectaba a mi fuerza e incluso a mis pulmones, y la música, que era mi único amor. Nunca habría pensado que podría haber una conexión entre los dos. Y sin embargo la había. Uno de los clientes de mi padre era miembro del gobierno provincial, que también controlaba el teatro. Un día tuvimos que reparar

los cojines de un conjunto de muebles rococó. Cuando el trabajo quedó terminado, mi padre me envió a entregarlos al teatro. El director de escena me condujo al escenario, donde tenía que cambiar los cojines dentro de sus bastidores. Estaban ensayando. No sé qué pieza estaban ensayando, pero seguro que era una ópera. Lo que sí recuerdo todavía es la fascinación que sentí mientras estuve allí en el escenario, entre los cantantes. Me sentí transformado como si entonces, por primera vez, me hubiera descubierto. ¡El teatro! ¡Qué mundo! Allí había un hombre de pie, magníficamente ataviado. Me parecía una criatura de otro planeta. Cantaba tan maravillosamente que era incapaz de imaginarme que aquel hombre hablara jamás de un modo ordinario. La orquesta respondía a su potente voz. Estaba más familiarizado con ese aspecto, pero en aquel instante todo lo que la música había significado para mí hasta entonces parecía insignificante. Tan sólo en conjunción con el escenario parecía alcanzar la música un plano más elevado y solemne, el más excelso que pudiera imaginarse.

Pero ahí estaba yo, un miserable tapicerito, volviendo a colocar los cojines en su sitio en el tresillo rococó. ¡Qué trabajo más lamentable! ¡Qué existencia más desgraciada! El teatro... ese era el mundo que había estado buscando. El juego y la realidad se confundían en mi mente excitada. Aquel tipo extraño con el pelo rizado, delantal y las mangas de la camisa enrolladas que estaba entre bastidores y se dedicaba a toquetear los cojines como para justificar su presencia... ¿realmente era sólo un pobre tapicero? ¿Un pobre y despreciable bobo, siempre de aquí para allá, al que el cliente trataba como si fuera una escalera de mano, que se coloca aquí o allí según la necesidad del momento, y luego, cuando ya no resulta útil, se aparta? Habría resultado absolutamente natural que el pequeño tapicero, herramientas en mano, se hubiera acercado a las candilejas y, tras recibir una señal del director, hubiera cantado su parte para demostrar al público de la platea, mejor dicho, a un mundo atento, que en realidad no era el tipo pálido y desgarbado de la tapicería de la Klammstrasse, sino que su sitio estaba realmente en el escenario del teatro.

Desde aquel instante he vivido hechizado por el teatro. Mientras pintaba las paredes en casa de un cliente, al pegar la

cola, aplicar la primera capa de papel de periódico y luego pegar el papel pintado, pasaba el tiempo soñando con los aplausos fervorosos en el teatro, donde yo me veía de director ante la orquesta. Tales ensoñaciones no ayudaban mucho a mi trabajo, y a veces sucedía que los trozos de papel quedaban lamentablemente fuera de lugar. Pero, en cuanto volvía al taller, mi padre enfermo me hacía percatarme enseguida de las responsabilidades a las que me enfrentaba.

Así que oscilaba entre el sueño y la realidad. En casa nadie tenía ni la más remota idea de mi estado de ánimo, porque habría preferido morderme la lengua antes que pronunciar una sola palabra sobre mis ambiciones secretas. Incluso ocultaba mis esperanzas y planes a mi madre, pero puede que ella adivinara lo que ocupaba mis pensamientos. ¿Pero acaso debería haberme añadido a sus múltiples preocupaciones? Por lo tanto, no había nadie con quien pudiera desahogarme. Me sentía terriblemente solo, como un marginado, tan solo como únicamente un joven puede estarlo cuando se le revela, por vez primera, la belleza de la vida y su peligro.

El teatro reforzó mi valor. No me perdí una sola actuación de ópera. No importaba lo cansado que estuviera del trabajo, nada me mantenía apartado del teatro. Naturalmente, como mi padre me pagaba muy poco, sólo podía permitirme una entrada para la zona de pie. Así que solía ir al denominado «paseo», desde donde uno disponía de las mejores vistas, y además, había descubierto que ningún otro lugar poseía una acústica mejor. Justo por encima del paseo estaba el palco real apoyado sobre dos columnas de madera. Eran unas columnas muy populares entre los habituales del paseo, ya que eran los únicos lugares en los que uno podía apoyarse sin perder de vista el escenario. Porque si te apoyabas contra las paredes, esas mismas columnas entraban siempre en tu campo de visión. ¡Yo me alegraba de poder apoyar la espalda cansada contra las columnas lisas, tras pasar un duro día en lo alto de una escalera de mano! Claro que tenías que llegar temprano para asegurarte de que conseguías ese sitio.

A menudo, son las cosas triviales las que producen una impresión duradera en la memoria de la gente. Aún me veo entrando a toda prisa en el teatro, sin saber si elegir la columna

izquierda o la derecha. No obstante, a menudo una de las dos columnas —la derecha— ya estaba ocupada; había alguien aún más entusiasta que yo.

Entre molesto y sorprendido, miraba a mi rival. Era un chico extraordinariamente pálido y flaco de mi misma edad, que seguía la actuación con brillo en los ojos. Suponía que venía de un hogar más pudiente, ya que siempre iba vestido con mucho esmero y era muy reservado.

Nos fijamos el uno en el otro sin intercambiar una sola palabra. Pero un tiempo después, durante el entreacto de una actuación, empezamos a hablar, ya que, al parecer, ninguno de los dos estaba de acuerdo con la asignación de uno de los papeles. Lo comentamos y disfrutamos de nuestra crítica desfavorable común. Me maravilló la comprensión rápida y certera del otro. En ese aspecto era indudablemente superior a mí. Por otro lado, cuando llegó el momento de hablar de temas estrictamente musicales, sentí que yo era superior. No puedo dar la fecha exacta del primer encuentro, pero estoy seguro de que fue en torno al día de Todos los Santos de 1904.

Esta situación duró bastante tiempo, sin que él me contara nada sobre sus propios asuntos, y sin que yo tuviera la necesidad de hablar de mí mismo. Nos entreteníamos mucho con cualquier actuación que hubiera y sentía que a ambos nos entusiasmaba el teatro por igual.

Una vez, después de la actuación, lo acompañé a casa, al 31 de la Humboldtstrasse. Cuando nos despedimos me dijo su nombre: Adolf Hitler.

Capítulo 2

Desarrollo de una amistad

A partir de entonces nos veíamos en todos los conciertos y también quedábamos fuera del teatro, y la mayoría de las noches íbamos a pasear juntos por la Landstrasse.

Aunque en la última década Linz se ha convertido en una ciudad industrial moderna y ha atraído gente de todas partes de la región del Danubio, entonces era solamente una población rural. En las afueras todavía se encontraban sólidas granjas tipo fortaleza, y estaban apareciendo edificios de apartamentos en los campos de los alrededores donde aún pastaba el ganado. En las pequeñas tabernas la gente permanecía sentada bebiendo vino de la región, y en todas partes se oía el acento cerrado del campo. En la ciudad sólo había tráfico de vehículos tirados por caballos y los transportistas se esforzaban porque Linz permaneciera «en el campo». La gente de la ciudad, aunque en su mayoría era de origen campesino y solía estar estrechamente vinculada a la gente del campo, tendía a distanciarse de estos últimos cuanto más vinculada estaba a ellos. Casi todas las familias influyentes de la ciudad se conocían las unas a las otras; el mundo de los negocios, los funcionarios y los militares marcaban el tono de la sociedad. Todo el que era alguien daba su paseo nocturno por la calle principal de la ciudad, que va de la estación de tren hasta el puente que cruza el Danubio y recibe el elocuente nombre de Landstrasse. Como Linz no tenía universidad, los jóvenes de toda condición se mostraban aún más dispuestos a imitar los hábitos de los estudiantes universitarios. La vida social en la Landstrasse casi podía competir

con la de la Ringstrasse vienesa, o al menos eso era lo que pensaban los habitantes de Linz.

No me parecía que la paciencia fuera una de las características más destacables de Adolf: cuando yo llegaba tarde a una cita, venía enseguida al taller a buscarme, sin importarle que estuviera arreglando un viejo sofá negro de crin o un antiguo sillón de orejas, o cualquier otra cosa. Mi trabajo no le parecía más que un tedioso obstáculo para nuestra relación personal. Solía hacer girar impaciente el pequeño bastón negro que llevaba siempre consigo. Me sorprendía que tuviera tanto tiempo libre y le pregunté inocentemente si tenía trabajo.

—Claro que no —me respondió bruscamente.

Justificó su respuesta, que me pareció muy peculiar, durante un rato. Él no consideraba que necesitara ningún trabajo en particular, un «trabajo sólo para ganarse el pan», como él lo llamaba.

Nunca antes había oído una opinión semejante de nadie. Entraba en contradicción con todos los principios que hasta la fecha habían regido mi vida. Al principio me pareció que su discurso no era más que fanfarronería juvenil, aunque el comportamiento de Adolf y su seriedad y aplomo al hablar no me parecían propios de un fanfarrón. En cualquier caso me sorprendieron mucho sus opiniones, pero me abstuve de hacer, al menos de momento, ninguna otra pregunta, porque ya había descubierto que se mostraba muy susceptible ante las preguntas que no le gustaban. Así que era más razonable hablar de *Lohengrin*, la ópera que nos cautivaba más que cualquier otra, que de nuestros asuntos personales.

Pensé que quizás era hijo de padres ricos, o que quizás acababa de recibir una fortuna y podía permitirse vivir sin un trabajo «para ganarse el pan». Cuando él la pronunciaba, aquella expresión sonaba tremendamente despreciativa. Era incapaz de concebir que fuera un holgazán, porque no tenía absolutamente nada de haragán superficial y despreocupado. Cuando pasábamos junto al Café Baumgartner se disgustaba mucho al ver a los jóvenes que se exhibían en las mesas cubiertas de mármol detrás de los grandes ventanales y perdían el tiempo con chismorreos inútiles, sin percatarse al parecer de cuánto se contradecía aquella indignación con su propio modo de vida. Puede

que algunos de los que estaban sentados «en el escaparate» ya tuvieran un buen trabajo e ingresos seguros.

«¿Y si este Adolf es estudiante?». Esa había sido mi primera impresión. El bastón de ébano negro, rematado por una elegante herradura de marfil blanco, era básicamente un atributo de estudiante. Por otra parte, resultaba extraño que hubiera elegido como amigo a un simple tapicero, que siempre temía que la gente oliera la cola con la que había estado trabajando durante el día. Si Adolf fuera estudiante tendría que estar en la escuela en algún lugar. De repente llevé la conversación hasta el tema de la escuela.

—¿La escuela? —fue el primer estallido de rabia que experimenté con él. No quería saber nada de la escuela. Dijo que la escuela ya no le preocupaba. Odiaba a los profesores y ya ni los saludaba, y también odiaba a sus compañeros, a los que decía que la escuela estaba convirtiendo en unos holgazanes. No, no se me permitía mencionar la escuela. Le expliqué lo mal que me había ido a mí.

—¿Y por qué no fue bien? —quiso saber.

No le gustaba nada que me hubiera ido tan mal en la escuela pese al desprecio que manifestaba por los estudios. Su contradicción me confundía. Pero lo que pude extraer de nuestra conversación fue que debía de haber asistido a la escuela hasta hacía muy poco, una escuela secundaria o quizás una escuela técnica, lo que seguramente había acabado resultando un fracaso. De no ser así, no la habría rechazado tan categóricamente. Por lo que respecta a todo lo demás, presentaba contradicciones y misterios recurrentes. A veces me parecía casi siniestro. Un día que estábamos dando un paseo por el Freinberg se detuvo de repente, sacó de su bolsillo una libretita negra —aún puedo verla ante mí y podría describirla minuciosamente—, y leyó un poema que había escrito.

Ya no recuerdo el poema en sí; para ser preciso, ya no puedo distinguirlo de otros poemas que Adolf me leyó en días posteriores. Pero recuerdo muy bien cuánto me impresionó que mi amigo escribiera poesía y llevara sus poemas encima igual que yo llevaba mis herramientas. Cuando más adelante Adolf me mostró sus dibujos y los diseños que había esbozado —diseños un tanto confusos y poco claros que realmente me supe-

raban—, cuando me explicó que tenía muchas más obras y mucho mejores en su habitación y que estaba decidido a dedicar su vida entera al arte, me di cuenta del tipo de persona que era realmente mi amigo. Pertenece a aquella especie particular de personas con las que yo mismo soñaba en mis momentos más expansivos: era un artista, que despreciaba el trabajo encaminado solamente a ganarse el pan y se dedicaba a la poesía, a dibujar, a pintar y a ir al teatro. Aquella conclusión me impresionó enormemente. Estaba emocionado por la grandeza que veía en él. Mis ideas de artista aún eran muy vagas; probablemente como las de Hitler. Pero eso lo hacía aún más atractivo.

Adolf hablaba muy rara vez de su familia. Solía decir que era aconsejable no mezclarse demasiado con adultos, ya que lo único que hacían aquellas personas con ideas peculiares era desviarte de tus planes personales. Por ejemplo, a su tutor, un campesino de Leonding llamado Mayrhofer, se le había metido en la cabeza que Adolf debía aprender un oficio. Su cuñado estaba de acuerdo con él.

Lo único que pude concluir fue que las relaciones de Adolf con su familia debían de ser bastante peculiares. Al parecer, de entre todos los adultos, sólo aceptaba a una persona, a su madre. Y sólo tenía dieciséis años, nueve meses menos que yo.

Por mucho que sus ideas difirieran de los valores burgueses, no suponía ningún problema para mí... ¡al contrario! Era precisamente este hecho, el hecho de ser excepcional, lo que me atraía aún más.

En mi opinión, dedicar la vida a las artes era la mayor determinación que un joven podía tomar, ya que yo también me planteaba en secreto la idea de cambiar el taller polvoriento y ruidoso de tapicero por los puros y nobles campos del arte, entregar mi vida a la música. Ya que para los jóvenes no resulta en absoluto insignificante en qué contexto empieza su relación. Me parecía un símbolo que nuestra amistad hubiera nacido en el teatro. Entre escenas brillantes y al potente compás de una música espléndida. En cierto sentido nuestra amistad en sí existía en esta atmósfera feliz.

Además, mi propia situación no era distinta de la de Adolf. La escuela quedaba atrás y ya no podía aportarme nada más. Pese al amor y devoción que sentía por mis padres, los adultos

no significaban gran cosa para mí. Y, por encima de todo, a pesar de los múltiples problemas que me atormentaban no había nadie en quien pudiera confiar.

No obstante, al principio resultó una amistad difícil porque nuestras personalidades eran completamente distintas. Mientras yo era un joven callado y un tanto fantasioso, muy sensible y adaptable y por lo tanto siempre dispuesto a ceder, un «personaje musical», por así decirlo, Adolf era sumamente violento y muy nervioso. Cosas bastante triviales, como unas pocas palabras dichas sin pensar, podían provocarle ataques de furia que me parecían bastante desproporcionados en relación a la importancia del asunto. Pero es probable que no comprendiera a Adolf en ese sentido. Puede que la diferencia entre nosotros fuera que se tomaba en serio cosas que a mí me parecían muy poco importantes. Sí, aquel era uno de sus rasgos característicos: todo despertaba su interés y le molestaba, a nada permanecía indiferente.

Pero a pesar de todas las dificultades que surgían debido a nuestras diferencias de temperamento, nuestra amistad en sí nunca estuvo realmente en peligro. No nos volvimos, como muchos otros jóvenes, fríos e indiferentes con el paso del tiempo. ¡Al contrario! Nos esforzábamos mucho por no chocar en los temas cotidianos. Parece extraño, pero él, que podía llegar a aferrarse muy obstinadamente a su punto de vista, también era capaz de mostrarse tan considerado que a veces hacía que me avergonzara. Así, a medida que pasó el tiempo nos fuimos acostumbrando cada vez más el uno al otro.

Enseguida entendí que nuestra amistad duraba sobre todo porque yo tenía paciencia y sabía escuchar. Pero no me molestaba mi papel pasivo, ya que hacía que me percatara de cuánto me necesitaba mi amigo. Él también estaba completamente solo. Su padre llevaba muerto dos años. Por mucho que amara a su madre, ella no podía ayudarle con sus problemas. Recuerdo que me daba largos discursos sobre cosas que no me interesaban en absoluto, como por ejemplo sobre el impuesto interno que se cobraba en el puente del Danubio, o sobre una colecta en las calles para la lotería benéfica. Sencillamente tenía que hablar y necesitaba a alguien que le escuchara. A menudo me sobresaltaba cuando me soltaba un discurso, acompa-

ñado de gestos muy expresivos, teniéndome solamente a mí como destinatario. Nunca le preocupaba el hecho de que yo fuera su único público. Pero un joven que, como mi amigo, estaba perdidamente interesado en todo lo que veía y experimentaba tenía que encontrar un modo de canalizar sus sentimientos tempestuosos. Descargaba la tensión que sentía pontificando sobre esas cosas. Aquellos discursos, que solía dar en algún lugar al aire libre, bajo los árboles del Freinberg, en los bosques del Danubio, parecían un volcán en erupción. Era como si algo extraño, de otro mundo, brotara de él. Arrebatos como aquellos sólo los había presenciado hasta entonces en el teatro, cuando un actor tenía que expresar emociones violentas, y al principio, al encontrarme ante tales arranques, lo único que conseguía era quedarme boquiabierto y pasivo, olvidándome de aplaudir. Pero enseguida me percaté de que no estaba actuando. No, aquello no era actuar, no era exageración, lo sentía de verdad, y vi que hablaba totalmente en serio. Me maravillaba una y otra vez la fluidez con la que se expresaba, la claridad con la que lograba transmitir sus sentimientos, la facilidad con la que las palabras fluían de su boca cuando se dejaba llevar completamente por sus propias emociones. Lo que me impresionó al principio no fue lo que decía, sino cómo lo decía. Era algo nuevo y magnífico para mí. Nunca me había imaginado que un hombre pudiera producir un efecto semejante con meras palabras. No obstante, de mí sólo quería una cosa: que estuviera de acuerdo con él. Enseguida me di cuenta de ello. Y no es que me costara estar de acuerdo con él porque nunca me había preocupado por muchos de los problemas que planteaba.

No obstante, sería equivocado asumir que nuestra amistad se limitaba solamente a esta relación unilateral. Habría sido demasiado fácil para Adolf y demasiado poco para mí. Lo importante era que nos complementábamos el uno con el otro. Todo suscitaba una reacción fuerte en él y le obligaba a adoptar una postura, porque sus arrebatos emotivos no eran más que una señal de su interés apasionado en todas las cosas. Yo, por otra parte, al ser de naturaleza contemplativa, aceptaba sin reservas todos sus argumentos sobre cosas que le interesaban y cedía ante ellos, a excepción de los temas musicales.

Claro que debo admitir que Adolf nunca dejaba de reclamarme y ocupaba todo mi tiempo libre. Como él no tenía que ajustarse a un horario regular yo tenía que estar a su entera disposición. Me lo exigía todo, pero también estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. De hecho yo no tenía alternativa. Mi amistad con él no me dejaba tiempo para cultivar otras amistades, aunque tampoco sentía la necesidad de buscarlas. Adolf era para mí tanto como una docena de otros amigos ordinarios. Sólo una cosa podría habernos separado: si nos hubiéramos enamorado de la misma chica; eso sí que habría sido grave. Como yo tenía diecisiete años por aquel entonces bien podría haber sucedido. Pero el destino nos tenía reservada una solución especial precisamente en este sentido. Una solución tan especial —la describo en el capítulo titulado «Stefanie»—, que, en vez de afectar a nuestra amistad, sirvió para estrecharla.

Yo sabía que él tampoco tenía otros amigos aparte de mí. En relación a este tema recuerdo un detalle trivial. Estábamos paseando por la Landstrasse cuando sucedió. Un chico que debía de tener nuestra edad dobló la esquina. Era un joven caballero regordete, bastante bien vestido. Reconoció en Adolf a un antiguo compañero de clase, se detuvo, y sonriendo de oreja a oreja, gritó:

—¡Hallo, Hitler!

Lo agarró con demasiada confianza del brazo y le preguntó de manera bastante franca cómo le iba. Esperaba que Adolf respondiera con la misma amabilidad, ya que siempre había dado mucha importancia al comportamiento correcto y educado. Pero mi amigo se puso rojo de rabia. Sabía por mi experiencia previa que aquel cambio de expresión era una mala señal.

—¿Y a usted qué diablos le importa? —le espetó alterado, y lo apartó bruscamente. Luego me agarró del brazo y continuó avanzando conmigo sin preocuparse por el joven cuyo rostro sofocado y perplejo aún veía delante de mí.

«Todos son futuros funcionarios —dijo Adolf, todavía furioso—, y pensar que con todos estos tuve que sentarme en la misma clase».

Tardó mucho en calmarse.

Hay otra experiencia que aún recuerdo especialmente. Mi

venerado profesor de violín, Heinrich Dessauer, había fallecido. Adolf fue al funeral conmigo, lo cual me sorprendió bastante, ya que no conocía en absoluto al profesor Dessauer. Cuando expresé mi sorpresa dijo:

—No soporto que te codees con otros jóvenes y les hables.

La lista de cosas que podían molestarle, incluso las más triviales, era interminable. Pero cuando más perdía los papeles era cuando le sugerían que se hiciera funcionario. Cuando oía la palabra «funcionario», aunque no tuviera nada que ver con su propia profesión, se ponía hecho una furia. Descubrí que aquellos arranques de ira, eran, en cierto sentido, peleas interrumpidas con su padre que llevaba mucho tiempo fallecido, cuyo mayor deseo era que se hiciera funcionario. Eran una «defensa póstuma», por así decirlo.

Una parte esencial de nuestra amistad en aquella época era que yo tuviera una opinión tan negativa de los funcionarios como la suya. Al saber cuan violentamente rechazaba la profesión de funcionario, entendía que prefiriera la amistad de un simple tapicero a la de uno de esos niños mimados y consentidos que tenían garantizadas las influencias por sus buenas conexiones y sabían con antelación el recorrido exacto que seguiría su vida. Hitler era justo lo contrario. Con él todo era incierto. Y había otro factor positivo que me hacía parecer, a los ojos de Adolf, predestinado a ser su amigo: yo también pensaba que el arte era lo mejor de la vida del hombre. Claro que en aquella época no era capaz de expresar este sentimiento con semejantes palabras grandilocuentes. Pero en la práctica nos ajustábamos a ese principio, porque hacía tiempo que la música se había convertido en el factor decisivo en mi vida: trabajaba en el taller sólo para ganarme la vida. Para mi amigo, el arte aún era más. La intensidad con la que absorbía, examinaba o rechazaba, su aterradora seriedad, su mente hiperactiva, necesitaban un contrapeso. Y sólo el arte podía proporcionárselo.

Así que yo cumplía con todos los requisitos que podía buscar en un amigo: no tenía nada en común con sus antiguos compañeros de clase; no tenía nada que ver con el funcionariado, y vivía por entero para el arte. Además, sabía mucho de música. La similitud de nuestras inclinaciones nos unía igual que la diferencia entre nuestros temperamentos.

Que sean otros los que juzguen si la gente que, como Adolf, encuentra su camino con la certeza de un sonámbulo, elige al azar la compañía que necesita para esa parte del camino en concreto, o si el destino escoge por ellos. Lo único que puedo decir es que desde nuestro primer encuentro en el teatro hasta su caída en la miseria en Viena yo fui ese compañero para Adolf Hitler.

Capítulo 3

Retrato del joven Hitler

No tengo ninguna fotografía de Adolf tomada durante los años de nuestra amistad, y probablemente no haya ninguna de él durante ese periodo. La ausencia de fotos de aquella época no es en absoluto extraña. A principios de siglo no había cámaras que se pudieran cargar cómodamente, y aunque las hubiera habido no nos las podíamos permitir. Si querías que te hicieran un retrato, ibas a un estudio, lo cual también era caro, y había que pensárselo mucho antes de ceder a ese capricho. Por lo que yo recuerdo, mi amigo nunca expresó el deseo de que le sacaran fotos. Nunca se mostró vanidoso, ni siquiera cuando Stefanie entró en su vida. Imagino que no debe de haber más de cinco fotos de Adolf Hitler tomadas durante sus años de formación.

La fotografía más antigua que se conoce es la del bebé Adolf Hitler de pocos meses en 1889. Muestra las proporciones características de nariz, mejillas, boca, los ojos claros y penetrantes y el flequillo. Lo que más me llama la atención de este retrato es el gran parecido del chico con su madre. Me di cuenta enseguida cuando conocí a Frau Hitler. En cambio, su hermana Paula se parecía a su padre. No lo conocí, así que me fío de lo que me dijo Frau Hitler.

Las fotos de los años de colegio de Hitler son de toda la clase. No hay retratos individuales; pese al tiempo transcurrido entre unos y otros, vemos la misma cara extraña en ambos como si nada hubiera cambiado. Yo creo que reflejan la característica esencial de su personalidad, esa expresión de «yo no

cambio». Hay un esbozo de su época en la escuela en Steyr de cuando tenía dieciséis años: el artista, Sturmlechner, lo calificó de «nach der Natur», realista. Por supuesto era un aficionado, pero no obstante me parece un retrato bastante bueno.

Adolf era de altura media y esbelto, ya entonces era más alto que su madre. No era ni mucho menos robusto, más bien demasiado delgado para su altura, y no era en absoluto fuerte. De hecho, su salud era bastante mala, y él era el primero en lamentarlo. Tenía que cuidarse especialmente durante los inviernos húmedos y con niebla que solían darse en Linz. De vez en cuando se ponía enfermo durante ese periodo y tosía mucho. Resumiendo, tenía los pulmones delicados.

Su nariz era bastante recta y bien proporcionada, pero no destacaba en ningún sentido. Tenía la frente alta y un poco hundida. Yo siempre lamentaba que incluso en aquella época tuviera la costumbre de peinarse con la raya hasta la frente. Pero esta descripción tradicional de frente, nariz y boca me resulta bastante ridícula, ya que en su rostro los ojos destacaban tanto que nadie se fijaba en nada más. Nunca en la vida he visto a otra persona cuyo aspecto —cómo lo diría...— estuviera tan dominado por los ojos. Eran los ojos claros de su madre, pero su mirada un tanto fija y penetrante aún estaba más marcada en el hijo y poseía aún más fuerza y expresividad. Resultaba increíble cómo cambiaban de expresión esos ojos, sobre todo cuando Adolf hablaba. Su voz sonora me impactaba mucho menos que la expresión de sus ojos. De hecho, Adolf hablaba con los ojos, e incluso cuando sus labios estaban en silencio sabías lo que quería decir. Después de que viniera por primera vez a nuestra casa y se lo presentara a mi madre, por la noche ella me comentó: «¡Qué ojos tiene tu amigo!».

Y recuerdo con bastante claridad que había más miedo que admiración en sus palabras. Si me preguntaran dónde se percibían, en su juventud, las cualidades excepcionales de aquel hombre, mi única respuesta podría ser «en los ojos».

Naturalmente, su extraordinaria elocuencia también resultaba asombrosa. Pero entonces yo era demasiado inocente para vincularla a ningún tipo de trascendencia especial para el futuro. Por mi parte estaba seguro de que algún día Hitler sería un gran artista, al principio pensé que sería poeta, luego que sería

un gran pintor, hasta que más adelante, en Viena, me convenció de que su auténtico talento se encontraba en el campo de la arquitectura. Pero su elocuencia no le servía para tales ambiciones artísticas, sino que más bien era un estorbo. No obstante, siempre me gustaba escucharle. Usaba un lenguaje muy refinado. No le gustaban los dialectos, especialmente el vienés, el suave carácter melodioso que le resultaba totalmente repulsivo. Lo cierto es que Hitler no hablaba realmente alemán austríaco, sino que más bien, en su dicción, sobre todo en el ritmo de su discurso, había algo de bávaro. Puede que se debiera al hecho de que de los tres a los seis años, los auténticos años de formación del habla, vivió en Passau, donde su padre era oficial de aduanas.

No existe ninguna duda de que mi amigo Adolf había mostrado el don de la oratoria desde edad muy temprana. Y él lo sabía. Le gustaba hablar, y hablaba sin pausa. A veces, cuando se dejaba llevar en exceso por sus fantasías no podía evitar pensar que todo aquello no era más que un ejercicio de oratoria. Pero luego volvía a pensar que no. ¿Acaso yo no creía todo lo que decía? A veces Adolf ponía a prueba su capacidad oratoria conmigo o con otros. Se me quedó grabado en la memoria cómo, cuando aún no tenía dieciocho años, convenció a mi padre de que debía permitirme dejar su taller y enviarme al Conservatorio en Viena. Considerando el carácter difícil y reservado de mi padre, fue todo un logro. Desde el instante en que tuve esta prueba de su talento —tan decisiva para mí—, pensé que no había nada que Hitler no pudiera lograr con un discurso convincente.

Tenía la costumbre de enfatizar sus palabras con gestos medidos y estudiados. De vez en cuando, cuando hablaba de uno de sus temas favoritos, como el puente que atravesaba el Danubio, la reconstrucción del museo o incluso la estación subterránea de tren que tenía planeada para Linz, yo lo interrumpía y le preguntaba cómo pensaba llevar a cabo tales proyectos, ya que no éramos más que unos pobres diablos. Entonces me lanzaba una mirada extraña y hostil como si no hubiera entendido en absoluto mi pregunta. Nunca obtuve respuesta; lo máximo que conseguí fue que me hiciera callar con un gesto de la mano. Más adelante, me acostumbé y dejé de parecer-

me ridículo que el muchacho de dieciséis o diecisiete años llevara a cabo proyectos gigantescos y me los expusiera hasta el último detalle. Si me hubiera limitado a escuchar sus palabras todo lo que decía me habría parecido o bien una fantasía inútil o una completa locura, pero sus ojos me convencían de que hablaba totalmente en serio.

Adolf daba mucha importancia a los buenos modales y al comportamiento correcto. Respetaba escrupulosamente las reglas de conducta social, por muy mal concepto que tuviera de la sociedad en sí. Siempre mencionaba la posición social de su padre, que como oficial de aduanas venía a ser algo así como un capitán del ejército. Al oírle hablar de su padre, uno nunca se habría imaginado cuánto le desagradaba la idea de ser funcionario. No obstante, había algo muy meticuloso en sus modales. Nunca se olvidaba de mandar recuerdos a mi gente, y en cada postal enviaba saludos a mis «apreciados padres».

Cuando nos alojamos juntos en Viena, descubrí que cada noche colocaba los pantalones con cuidado bajo el colchón para poder disfrutar a la mañana siguiente de una raya impecable. Adolf se daba cuenta de lo importante que era tener buen aspecto, y, pese a su ausencia de vanidad, sabía cómo sacarse el máximo partido. Hacía un uso excelente de sus indudables talentos histriónicos, que combinaba hábilmente con su talento para la oratoria. Yo solía preguntarme por qué a Adolf, pese a todas estas capacidades acusadas, no le fue mejor en Viena. Hasta más adelante no me di cuenta de que el éxito profesional no era su única ambición. La gente que lo conocía en Viena no entendía la contradicción entre su aspecto cuidado, el habla culta y el comportamiento seguro de sí mismo por un lado, y la vida paupérrima que llevaba por el otro, y lo consideraban holgazán o pretencioso. No era ninguna de las dos cosas. Sencillamente no encajaba en ningún orden burgués.

Adolf había convertido el hambre en un arte, aunque comía muy bien cuando se presentaba la ocasión. La verdad es que en Viena solía faltarle dinero para comida. Pero aunque lo hubiera tenido, habría preferido pasar hambre y gastárselo en una butaca del teatro. No entendía el disfrute de la vida como otras personas. No fumaba, no bebía, y en Viena, por ejemplo, vivía durante días sólo de pan y leche.

Al despreciar todo lo que pertenecía al cuerpo, el deporte, que entonces se estaba poniendo de moda, no significaba nada para él. Leí en alguna parte sobre la audacia con la que el joven Hitler había atravesado a nado el Danubio. No recuerdo nada parecido; lo máximo que había nadado era algún que otro chapuzón en el arroyo Rodel. Mostró cierto interés en el club ciclista, sobre todo porque en invierno regentaban una pista de hielo. Y eso fue solamente porque la chica que le gustaba solía patinar en ella.

Caminar era el único ejercicio que atraía realmente a Adolf. Caminaba siempre y por todas partes, e incluso en mi taller y en mi habitación caminaba arriba y abajo. Lo recuerdo siempre en movimiento. Podía caminar durante horas seguidas sin cansarse. Solíamos explorar los alrededores de Linz en todas direcciones. Amaba mucho la naturaleza, pero de un modo muy personal. A diferencia de otras personas, la naturaleza nunca le atrajo como tema de estudio; no recuerdo haberlo visto casi nunca con un libro sobre el tema. Ahí se encontraba el límite de su sed de conocimiento. En la escuela, hubo una época en la que le gustaba mucho la botánica y había cultivado un pequeño herbario, pero no era más que un capricho infantil y nada más que eso. Los detalles no le interesaban, sino la naturaleza en su conjunto. Se refería a ella como «el aire libre». Esta expresión sonaba tan familiar cuando él la pronunciaba como la palabra «hogar». Y lo cierto es que se sentía cómodo con la naturaleza. Ya en los primeros años de nuestra amistad descubrí su particular preferencia por los paseos nocturnos, o incluso por pasar la noche en alguna zona poco conocida.

Estar al aire libre producía un efecto extraordinario en él. Se convertía en una persona bastante distinta respecto a cuando estaba en la ciudad. Ciertos aspectos de su carácter sólo se revelaban allí. Nunca se mostraba tan sereno y concentrado como cuando paseaba por los tranquilos caminos en los bosques de hayas de Mühlviertel, o de noche cuando dábamos un paseo rápido por el Freinberg. Al ritmo de sus pasos, sus pensamientos fluían más fácilmente y con mejores resultados que en cualquier otro lugar. Tardé mucho en comprender una contradicción peculiar que presentaba. Cuando el sol brillaba en las calles y un viento fresco y vivificante provocaba que el aro-

ma de los bosques llegara a la ciudad, una fuerza irresistible lo hacía salir de las calles estrechas y viciadas y lo conducía a los bosques y campos. Pero en cuanto habíamos alcanzado el campo abierto, afirmaba que le resultaría imposible volver a vivir en el campo. Que le resultaría terrible vivir en un pueblo. Pese al gran amor que sentía por la naturaleza, siempre se alegraba cuando volvíamos a la ciudad.

Al ir conociéndolo mejor, también llegué a entender esta contradicción aparente. Necesitaba la ciudad, la variedad y la abundancia de sus impresiones, experiencias y sucesos; ahí sentía que participaba en todo, que no había nada que no captara su interés. Necesitaba a las personas con sus distintos intereses, sus ambiciones, intenciones, planes y deseos. Sólo se sentía cómodo en ese ambiente complejo. Según este punto de vista, el pueblo era demasiado simple, demasiado insignificante, demasiado poco importante, y no proporcionaba suficiente libertad para su necesidad ilimitada de interesarse por todo. Además, para él, una ciudad era interesante de por sí como aglomeración de casas y edificios. Era comprensible que sólo quisiera vivir en una ciudad.

Por otra parte, necesitaba un contrapeso eficaz a la ciudad, que siempre le preocupaba y excitaba y planteaba constantes exigencias a sus intereses y talentos. Y ese contrapeso lo hallaba en la naturaleza, aunque no podía intentar cambiarla ni mejorarla porque las leyes eternas no están al alcance de la voluntad humana. Allí es donde conseguía volver a encontrarse a sí mismo, ya que allí no se veía obligado, como le ocurría en la ciudad, a tomar constantemente partido.

Mi amigo tenía una manera especial de conseguir que la naturaleza se pusiera a su servicio. Solía buscar un lugar solitario fuera de la ciudad, que podía visitar una y otra vez. Cada árbol y cada arbusto le resultaban familiares. Nada alteraba su estado contemplativo. La naturaleza lo rodeaba como las paredes de una habitación silenciosa y agradable en la que podía cultivar sus apasionados planes e ideas sin que le molestaran.

Durante algún tiempo, cuando hacía bueno, frecuentó un banco en el Turmleitenweg donde estableció una especie de estudio al aire libre. Ahí leía sus libros, dibujaba y pintaba con acuarelas. Ahí nacieron sus primeros poemas. Había otro lugar,

aún más solitario y apartado, que más adelante se convirtió en unos de sus preferidos. Nos sentábamos en una roca elevada que sobresalía y daba al Danubio. La visión del río fluyendo lentamente siempre conmovía a Adolf. ¡Cuántas veces me habló mi amigo de sus planes allí arriba! En ocasiones los sentimientos lo dominaban y daba rienda suelta a la imaginación. Recuerdo en una ocasión que me describió con tal lujo de detalles el viaje de Krimhild hasta el país de los hunos que me imaginé que veía los potentes barcos de los reyes de Borgoña deslizándose río abajo.

Nuestras excursiones a lugares alejados eran bastante distintas. No eran necesarios muchos preparativos: un bastón fuerte para caminar era el único requisito. Además de su ropa habitual Adolf se ponía una camisa de color y, para señalar su intención de emprender un largo viaje, lucía, en vez de su corbata habitual, un cordón de seda con dos borlas colgando hacia abajo. No nos llevábamos comida, sino que en alguna parte lográbamos encontrar un poco de pan seco y un vaso de leche. ¡Qué tiempos tan maravillosos y despreocupados aquellos!

Despreciábamos los trenes y autobuses e íbamos a todas partes a pie. Cuando combinábamos nuestra excursión del domingo con una salida de mis padres, que para nosotros tenía la ventaja de que mi padre nos obsequiaba con una buena comida en una taberna de pueblo, empezábamos lo bastante temprano como para encontrarnos con ellos en nuestro destino, al que habían llegado en tren. A mi padre le gustaba especialmente un pueblecito llamado Walding, que nos atraía porque cerca estaba el arroyo Rodel en el que nos gustaba bañarnos en los días cálidos de verano.

Un pequeño incidente destaca en mi memoria. Adolf y yo nos habíamos marchado de la taberna para bañarnos. Los dos nadábamos bastante bien, pero, no obstante, mi madre estaba nerviosa. Nos siguió y se quedó en una roca que sobresalía a observarnos. La roca se inclinaba hasta el agua y estaba cubierta de musgo. Mientras nos vigilaba ansiosa, mi pobre madre resbaló en el musgo blando y cayó al agua. Yo estaba demasiado lejos para ayudarla de inmediato, pero Adolf saltó enseguida tras ella y la sacó a rastras. Siempre estuvo unido a mis pa-

dres. Todavía en 1944, cuando mi madre cumplió 80 años, le envió un paquete con comida.

A Adolf le gustaba especialmente Mühlviertel. Desde el Pöstlingberg atravesábamos el Holzpoldl y el Elendsimmerl hasta Gramastetten o nos paseábamos a través de los bosques alrededor de las ruinas de Lichtenhag. Adolf medía las murallas, aunque no quedaba gran cosa de ellas, y apuntaba las medidas en su cuaderno de bocetos, que siempre llevaba encima. Luego, con unos pocos trazos esbozaba el castillo original, dibujaba el foso y el puente levadizo y adornaba las murallas con pináculos y torrecillas. Una vez que estábamos allí, exclamó, para mi sorpresa:

—¡Este es el entorno ideal para mi soneto!

Pero cuando quise saber más al respecto, me dijo:

«Primero tengo que ver qué hago con él».

Y de vuelta a casa me confesó que iba a intentar ampliar el material y convertirlo en una obra de teatro.

Fuimos a St. Georgen an der Gusen a averiguar qué reliquias quedaban todavía de aquella famosa batalla en la Guerra de los Campesinos. Al no tener éxito, a Adolf se le ocurrió una idea extraña. Estaba convencido de que la gente que vivía allí debía de recordar vagamente aquella gran batalla. Al día siguiente volvió solo, tras un intento inútil de conseguir que mi padre me diera el día libre. Pasó dos días y dos noches en el lugar, pero no recuerdo qué resultados obtuvo.

Solamente porque Adolf deseaba, para variar, ver su amado Linz desde el este, tuve que hacer con él un ascenso nada agradable hasta el Pfenningberg, en el que se lamentaba que la gente de Linz no mostraba suficiente interés. A mí también me gustaba la vista de la ciudad, pero desde donde menos me gustaba era desde ese lado. No obstante, Adolf permanecía horas en aquel rincón poco acogedor, dibujando.

Por otro lado, St. Florian también se convirtió en un lugar de peregrinación para mí, ya que era el sitio donde Anton Bruckner había trabajado y santificado el lugar con su recuerdo: nos imaginábamos que conocíamos realmente al «Dios músico» y escuchábamos sus improvisaciones inspiradas en el gran órgano de la magnífica iglesia. Luego, nos plantábamos delante de la lápida sencilla empotrada en el suelo bajo el coro,

donde habían enterrado al gran maestro diez años atrás. El maravilloso monasterio había llevado a mi amigo al culmen del entusiasmo. Había llegado a pasarse una hora o más de pie ante la gloriosa escalera; en cualquier caso demasiado tiempo para mí. ¡Y cuánto admiraba el esplendor de la biblioteca! Pero lo que más le impresionó fue el contraste entre las habitaciones excesivamente decoradas del monasterio y la habitación sencilla de Bruckner. Cuando vio sus modestos muebles, se reforzó en la creencia de que en esta tierra la genialidad casi siempre va de la mano de la pobreza.

Aquellas visitas resultaban muy reveladoras para mí, ya que Adolf era por naturaleza muy reservado. Siempre había cierto elemento de su personalidad en el que no permitía que nadie penetrara. Tenía sus secretos inescrutables, y en muchos sentidos siempre fue un enigma para mí. Pero había una llave que abría la puerta a gran parte de lo que habría permanecido oculto: su entusiasmo por la belleza. Todo aquello nos separaba cuando permanecíamos de pie ante una obra de arte magnífica como el monasterio de St. Florian. Luego Adolf estaba tan entusiasmado que bajaba todas las defensas y yo experimentaba al máximo la alegría de nuestra amistad.

A menudo me han preguntado —incluso Rudolf Hess, que una vez me invitó a visitarle en Linz—, si cuando conocí a Adolf tenía sentido del humor. Se echaba en falta, comentaba gente de su entorno. A fin de cuentas, era austríaco y debería haber tenido su cuota del famoso sentido del humor austríaco. La verdad es que la impresión que uno se llevaba de Hitler, sobre todo tras conocerlo poco y superficialmente, era que se trataba de un hombre muy serio. Esta seriedad tremenda parecía eclipsar todo lo demás. Lo mismo ocurría cuando era joven. Abordaba cualquier problema que le preocupara con una seriedad absoluta que no se ajustaba a sus dieciséis o diecisiete años. Era capaz de amar y admirar, de odiar y despreciar, todo con una seriedad extrema. Pero lo que no conseguía hacer era pasar algo por alto con una sonrisa, incluso cuando se trataba de un tema que no le interesaba personalmente, como el deporte; al tratarse de un fenómeno de los tiempos modernos, le resultaba tan importante como cualquier otro. Nunca agotaba sus problemas. Su seriedad profunda nunca dejaba de abordar nue-

vos problemas, y si no hallaba ninguno en el presente, pasaba horas rumiando en casa con sus libros y hurgaba en problemas del pasado. Esta seriedad extraordinaria era su rasgo más llamativo. Carecía de muchas otras cualidades características de la juventud: nunca se dejaba llevar despreocupadamente, no vivía al día, ni adoptaba la actitud feliz de «lo que sea, será». Incluso «apartarse del buen camino», en la tosca euforia de la juventud, era algo ajeno a él. Tenía la idea, por extraño que pueda sonar, de que esas cosas no eran apropiadas para un hombre joven. Y debido a esta idea, el humor estaba confinado a la esfera más íntima, como si se tratara de algo tabú. Su humor solía dirigirse a la gente de su círculo inmediato, en otras palabras, a una esfera en la que los problemas ya no existían para él. Por este motivo su humor macabro y ácido solía mezclarse con ironía, pero siempre era una ironía de intención agradable. Así, una vez me vio en un concierto en el que tocaba la trompeta, se divirtió mucho imitándome e insistió en que con las mejillas hinchadas parecía un ángel de Rubens.

No puedo concluir este capítulo sin mencionar una de las cualidades de Hitler sobre la que, debo admitir sin tapujos, resulta paradójico hablar ahora. Hitler era muy comprensivo y empático. Se interesaba por mí con todo su ser. Sin que se lo dijera, sabía exactamente cómo me sentía. ¡Cuántas veces me resultó de ayuda en tiempos difíciles! Siempre sabía lo que necesitaba y lo que quería. Por muy ocupado que estuviera consigo mismo siempre tenía tiempo para los asuntos de las personas que le interesaban. No resultó casual que fuera quien convenció a mi padre de que me dejara estudiar música y por lo tanto influyó en mi vida de un modo decisivo: creo que fue más bien el resultado de su actitud general basada en participar de todas las cosas que me preocupaban. A veces tenía la impresión de que vivía mi vida además de la suya.

Así, he dibujado el retrato del joven Hitler tan bien como he podido a partir de mis recuerdos. Pero para la pregunta, entonces desconocida y no expresada que planeaba sobre nuestra amistad, aún no he hallado respuesta: «¿Qué planes tenía Dios para esta persona?».